

contribuir económicamente al sostenimiento de la editorial y la revista, núcleo que alimenta doctrinalmente la Ciudad Católica.

Perdonadme esta franqueza excesiva, pero la muerte de Eugenio debería servirnos, debe servirnos, como resulsivo para relanzar nuestro interés activo individual por la buena marcha de Speiro y de Verbo. Y para esto, obras son amores y no buenos consejos. Dejadme que insista por última vez: el mantenimiento holgado de Speiro y de Verbo es una necesidad indiscutible para el conjunto de la obra de la Ciudad Católica, pero, además, cada uno de nosotros tiene, creo yo, un deber de piedad para con ellos, siempre que los consideremos como madres nutricias («alma mater») de nuestro pensamiento social católico.

* * *

Concluyo ya; mis reflexiones de esta noche me han llevado a dos conclusiones de tipo práctico:

— De una parte comprometerse sin falta hacia afuera en acciones de reconquista concretas.

— De otra parte, comprometerse más con nuestro núcleo inspirador, que con fiadamente espera ayuda sin atreverse a solicitarla, porque lo que no hagamos sus propios amigos se quedará eternamente sin hacer.

Y no hay en estas dos conclusiones, centrífuga y centrípeta, ni paradoja ni oposición, sino una profunda armonía, como nos enseña Nuestro Señor Jesucristo: «Conviene hacer unas cosas y no omitir las otras» (Mt. 23,23; Lc 11,42).

DISCURSO DE ANTONIO SEGURA FERNS

Queridos amigos:

Muchas cosas han ocurrido en el cuarto de siglo transcurrido desde que los amigos de la Ciudad Católica estamos oficialmente trabajando en España para «instaurar todas las cosas en Cristo» y, entre estas cosas, el concepto social de un orden público cristiano. Mas el panorama doctrinal e ideológico actual es muy diferente del que había entonces, no sólo a causa del inevitable cambio histórico sino, principalmente, por la «introducción en la Iglesia del humo de Satanás» en frase; ¡tantas veces recordada!, de Su Santidad Pablo VI. Uno de nuestros amigos, Rafael Gamba, atinó con la frase justa: han sido estos los tiempos del «silencio de Dios», no sólo en la «barca de Pedro», sino en toda la Humanidad que ha sido, y es; zarandeada sin misericordia por la más furiosa tempestad satánica que pueda recordarse, mientras «el Señor callaba» (Mt 27,14; Mc 15,5; Jn 19,9).

En efecto, en el largo catálogo de errores y maldades que componen la historia del hombre sobre la tierra, narrados tan completa y misteriosamente en el Apocalipsis de San Juan, todos ellos hasta ahora se había asentado en el plano metafísico de la «transcendencia», es decir, en el supuesto radical de que el hombre no es el ápice de toda la Realidad, sino una pieza, todo lo importante que se quiera, pero sólo una pieza, de tal Realidad que excede ampliamente al individuo humano. Tenta que llegar nuestra moderna civilización occidental para sufrir lo que I. Kant denominó la «revolución copernicana» que, haciendo real el sueño del viejo sofista Protágoras, constituye al hombre en «medida de todas las cosas», de manera que «si antes era nuestro

conocimiento el que tenía que acoplarse a las cosas, ahora son éstas las que tienen que acoplarse a nuestro conocimiento», como dice Kant en el prólogo de la segunda edición de la «Crítica de la razón pura». Un paso, sólo un paso más, y estamos con Marx en la XI tesis sobre Feuerbach: «Hasta ahora el filósofo se había dedicado a contemplar el mundo; ahora vamos a transformarlo».

No hay, pues, otro «orden del ser» que el que crea el hombre, ser autónomo, que no admite ni la Idea de Dios por encima de él, pues «el mundo es mientras que el *dasein* (el hombre) es», como nos dijo el primer Heidegger el de «Ser y Tiempo», aunque luego, en sus últimos tiempos, venga a denunciar en «Sendas perdidas» que ahora vivimos, «la época de la imagen de mundo», en que sólo importa «to *mathe-matha*», lo calculable, es decir, no ya el Bien y lo bueno, sino lo útil, como señala el hegel-marxista Kojève en su «Introducción a la lectura de Hegel» cuando aborda el análisis hegeliano de la «*aufklärung*», la ilustración racionalista post-cartesiana.

A este mundo de la inmanencia antropocéntrica, forzoso negador de Dios en obligada coherencia con sus propias bases especulativas metafísicas, es al que se abrió al diálogo la Iglesia post-conciliar, generalmente más con la actitud de la clásica paloma que con la precavida astucia de la serpiente, por lo menos en partes muy significativas de ella. Como no podía menos de ocurrir, se produjo la «infección inmanente», una relectura o reinterpretación del Mensaje Revelado, del Depósito de la Fe, de la Palabra de Dios, en clave del «principio de inmanencia de la conciencia», de poner el «pensar», el pensar humano, antes que el «ser», el ser dado por Dios a la Creación como marco de un orden-del-ser omnicomprensivo de todas las creaturas, contingentes e indigentes ante el Único Ser Necesario, Dios: es decir, abandonar las bases del «principio de realidad» de la transcendencia metafísica que como «preambula fidei» es el que posibilita el mismo acto de Fe, la adecuada recepción del «don» divino que es la Fe y que es la exacta negación de la pretendida autonomía del hombre de las filosofías post-cartesianas.

Los pasos y resultados de la «relectura» inmanente de la Palabra de Dios están ante la vista: El «non agenouillement», el no arrodillarse que señala J. Maritain en «Le Paysan de la Garonne» es pública actitud en el culto postconciliar. Igualmente, la traducción del oficial canon latino de la Misa a su versión «oficial» castellana, transforma el original griego «*pollion*» —muchos— en un «*spanthion*» —todos— que no aparece en ningún código griego o copto, en la misma fórmula de la Consagración del Cáliz de la Sangre de Cristo, en abierta oposición a la que al respecto dice el «Catecismo para Párrocos» de San Pío V, oficial del Concilio de Trento. Pero es más: incluso en la fórmula castellana del Credo de la Misa, se hace al Hijo «de la misma naturaleza que el Padre», verdad de fe en cuanto Dios, y error monofisita en cuanto hombre (1). Y así podría seguirse el catálogo de inexactitudes y aun desviaciones litúrgicas, no sólo permitidas, sino autoritariamente impuestas al Pueblo de Dios.

No menos grave es la situación en lo doctrinal: Ha habido una transformación de los estudios teológicos en sociológicos y, lo que es peor de mala sociología, ignorando la sabia advertencia de Santo Tomás

(1) El símbolo atanasiano nos dice: «Igual que el Padre según la divinidad, menor que el Padre según la humanidad».

de Aquino — hoy tan ignorado a pesar de la constante invitación del Magisterio, del mismo Concilio Vaticano II —, cuando dice: «Notoriamente falsa es la opinión de aquellos que dicen que es indiferente, respecto a la verdad de la fe, lo que se piense de la Creación, siempre que se tenga una opinión certera sobre Dios: un error sobre la Creación produce una idea falsa de Dios» (Contra gentiles, cap. 3). ¡Qué evidentes nos son ciertas rupturas con la Iglesia que han nacido no de áreas dogmáticas específicas, sino de sociologías ideológicamente deformadas! Y así entramos en el tema tan actual de las teologías marxistizadas de la liberación que pretenden institucionalizar en los sistemas socioeconómicos el «milagro de los panes y los peces», presentando unas reclamaciones de «justicia», inscritas en «la dignidad de la persona», pero olvidando aquello que señala J. Pieper, «la determinabilidad de la moral por la realidad» (2), o sea, que no pueden ser «exigencias de justicia» aquí y ahora aquellas que movilicen recursos económicos — por ello «límitados» — por encima de las posibilidades «reales» existentes en cada tiempo y lugar.

Los tales marxo-teólogos de la liberación lo que en resumen proponen es la «relectura» de la Palabra de Dios en clave de la immanencia marxista, es decir, que los «pobres de Yavéh» son los proletarios, los pobres en riquezas materiales, no existiendo, pues, los «pobres de corazón», como suponemos eran José de Arimatea, Nicodemus, Juana «mujer de Cusa, administrador de Herodes», o Tabita, aquella viuda rica de que habla San Lucas y que mereció ser resucitada para que siguiera haciendo caridades, no reforma social. Como tampoco exigió tal cosa — y podía hacerlo — a Filemón, cuyo esclavo Onésimo le reintegra. Estos marxo-teólogos lo que proponen no es una «logia», sino muy marxistamente una «praxia» de lo material, pues a la pobreza material se refieren, en primer lugar, «praxia» para la que el clérigo liberador ni está especialmente dotado ni tienen «munus» específico. Pero, ya en este camino de la immanencia, viene otra exigencia en la «relectura» del Mensaje: la «democratización» de la Iglesia, una inversión por la que el «rebaño», el «pueblo de Dios» sería el que tendría que «guiar» a los Pastores, a los Obispos y el mismo Papa. Proponiendo, verbigracia, tan graves errores morales como la aceptación de la regulación de la natalidad, el divorcio, el aborto y la eutanasia que ya se anuncia. Y, por supuesto, no sólo la abolición del celibato eclesiástico, sino el sacerdocio femenino.

Todo ello no es más que el paso de la «religación», la re-ligación o atadura, cordialmente aceptada, pero atadura en fin del hombre con su Creador, Dios que también es su Redentor y su Padre, a la immanencia en que la re-ligación, la «religión», es degradada a simple «religiosidad», es decir, un mero «sentimiento» humano que hay que satisfacer para gozo del hombre, ya sea con alguna logomaquia oriental, ya sea en la «iglesia» (?) de bases comunitarias, de fundamentos más estéticos que morales o dogmáticos.

Todo esto tenía que acabar, por lo menos «empezar a acabar»: Dios aprieta, pero no ahoga, siempre salva al «pequeño rebaño» — «pujilla grex» — al «resto de Israel» al que no permite que sea tentado por encima de sus fuerzas.

Fue precisamente aquí, en España, donde se inició el cambio de orientación. Aquí en Europa — solar de la civilización cristiana prime-

(2) Cf. J. PIEPER, *El descubrimiento de la realidad*, Rialp, pág. 94.

ro, de la revolucin luego— es donde primero tiene que producirse el cambio, ahora, la vuelta a las raíces. Son proféticas las palabras de Juan Pablo II en el acto europeísta de Santiago de Compostela, durante su visita pastoral a España en 1982: «Vuelve a encontrarte a ti misma, Europa. Revive aquellos valores auténticos que te hicieron gloriosa en tu historia y benéfica tu presencia en los demás continentes». ¡Después de tantos años de devaluación del concepto de «Cristiandad», tan querido por la Ciudad Católica, las palabras del Papa sonaban como los primeros compases de un himno de gloria!

Pero no paró ahí la cosa: el 5 de octubre de 1982, Su Santidad el Papa, en la alocución a los participantes del V Simposio del Consejo de Conferencias Episcopales de Europa, insiste: «La Iglesia y Europa son dos realidades íntimamente ligadas en su ser y en su destino..., se han enriquecido de valores que no sólo han llegado a ser el alma de la civilización europea, sino también patrimonio de toda la humanidad... Europa no podría abandonar el cristianismo como un compañero de viaje que se ha convertido en un extraño... Por esto las transformaciones de la conciencia europea dirigida hacia las más radicales negaciones de la herencia cristiana sólo son plenamente comprensibles en referencia al cristianismo. Las crisis del hombre europeo son las crisis del hombre cristiano... Es sumamente significativo examinar la metamorfosis sufrida por el espíritu europeo en este último siglo..., destacar cómo, partiendo de sistemas y de elecciones que pretendían absolutizar al hombre y a sus conquistas terrenas, se ha llegado hoy a poner en tela de juicio precisamente al mismo hombre, a su dignidad y a sus valores intrínsecos... ¿Dónde están hoy las esperanzas de que el hombre, proclamada la muerte de Dios, se habría colocado finalmente en el puesto de Dios en el mundo y en la historia, iniciando una nueva era en la que habría vencido por sí solo todos los males... El ateísmo europeo es un reto que se encierra en el horizonte de una conciencia cristiana; es más una rebelión a Dios y una infidelidad a Dios que una simple negación de Dios».

Después de estos profundos y realistas, al par que minuciosos análisis de la actual situación de Europa, y por ende la civilización occidental toda, el Papa propone la solución: «La misma Iglesia debe entonces autoevangelizarse para responder a los restos del hombre de hoy... Si el ateísmo es una tentación de fe, será con la profundización y la purificación de la fe como será vencido». No me resisto a señalar aquí que es el propio Papa quien habla de la necesidad de «auto-evangelización de la Iglesia», lo cual creo justifica las duras críticas de la primera parte de estas palabras, dichas en este acto de hermandad. Pero, además, también señala que es con la purificación de profundización de la fe, y no con pseudo recetas sociológicas e ideológicas como se ha de tratar el momento, el difícil momento actual en la Iglesia y, a la par, en la civilización occidental. Pero sigamos con las palabras del Papa: «Si el secularismo pone en tela de juicio la concepción del hombre en el mundo y la utilización del universo, la evangelización deberá volver a proponer aquella teología y espiritualidad cósmica que, fundada bíblicamente y presente en la liturgia, ha recibido perspectivas iluminadoras del Concilio Vaticano II (cfr. Gaudium et spes, 37)». Sólo señalar aquí una palabra utilizada por el Papa: «volver a reponer», y es un «volver». recurso a la «tradición», porque este camino había sido olvidado o, lo que es peor, menospreciado en la pretendidamente autoprocalmada «renovación» o «vía» postconciliar que ha tenido que

rectificar el recién acabado Sínodo Extraordinario, conmemorativo de los veinte años del Concilio Vaticano II.

Sigamos con las palabras del Papa: «Recurrir a la fe y a la santidad de la Iglesia para responder a estos problemas y a estos desafíos no es una voluntad de conquista o de restauración, sino que es el camino obligado que va hasta el fondo de los desafíos y de los problemas». Es, pues, lo que Verbo en sus primeras páginas pre-temáticas ha venido años y años —años de confusión, por otra parte— recordando con textos de la auténtica doctrina de los Pontífices —desde San Pío X hasta el actual Juan Pablo II— para evitar lo que Pablo VI denunció como «el mal llamado espíritu del Concilio» que, en lugar de atraer al mundo a Cristo, pretendió que éste fuera el que atrajera a la Santa Madre Iglesia.

No hace todavía un año, el 11 de octubre de 1985, y en el último Simposio de los Obispos europeos... Su Santidad el Papa vuelve a insistir sobre el tema: «¿Cómo se presenta la imagen del hombre europeo "secularizado"?» Podemos decir que es un hombre tan comprometido en la tarea de construir la «ciudad terrena» que ha perdido de vista a excluido expresamente la «ciudad de Dios». Dios permanece fuera de su horizonte de vida. Pero el ateísmo teórico o práctico se refleja necesariamente en la concepción antropológica. Si el hombre no es imagen de Dios y no hace referencia nada más que a sí mismo, ¿qué valor tiene, por qué actúa y vive? De hecho, la Europa que en el Oeste, en la filosofía y en la praxis ha declarado a veces la «muerte de Dios», y en el Este ha llegado a imponerla ideológica y políticamente, es también la Europa en la que ha sido proclamada la «muerte del hombre» como persona y valor trascendente. En el Oeste la persona ha sido inmolada al bienestar; en el Este ha sido sacrificada a la estructura... En Occidente resulta de ello una sociedad compleja, pluralista y polivalente en la que el individuo quiere recibir sólo de la propia razón autónoma los fines, los valores y los significados de su vida y de su actitud, pero se encuentra a menudo andando a ciegas en la oscuridad de las certezas metafísicas, de los fines últimos y de los puntos seguros de referencia ética. Este hombre que se querría tan adulto, maduro, libre, es también el hombre que huye de la libertad para arrellanarse en el conformismo, un hombre que sufre de soledad está amenazado por varios males del alma, trata de alejar la muerte y está en pavorosa pérdida de esperanza... Esta es la Europa y este es el hombre que estamos llamados a evangelizar hoy... Para esta misión sublime de hacer florecer una edad nueva de evangelización en Europa se requieren hoy evangelizadores especialmente preparados. Se necesitan heraldos del Evangelio expertos en humanidad... Para esto se necesitan nuevos santos. Los grandes evangelizadores de Europa han sido los santos.

Hasta aquí las palabras del Papa. Parece superfluo intentar explicarlas, pues hablan clarísimamente por sí mismas, o añadir algo. Sólo nos queda el llevarlas a la práctica. Y tal intentamos nosotros, o por lo menos eso es lo que constituye el fin de nuestras periódicas reuniones en las que, por medio del estudio de la doctrina del Magisterio intentamos constituirnos en «expertos en humanidad» y e «luz sobre el candelabro» y no oculta «bajo el celamín». De igual modo que lo brindamos a los demás con el benemérito esfuerzo continuado de Verbo, una de las pocas revistas intelectuales serias hoy existentes en castellano, así como las publicaciones de Speiro, cuya rentabilidad económica ya nos contentaríamos que fuera nula, pero cuyas rentas espirituales

son innegables y como tales es seguro que quedan apuntadas en el «haber» del «libro de la vida» que, en definitiva es el importante.

Pero aún nos pide otra cosa el Papa: La «llamada universal a la santidad» es, sin duda, el fruto más valioso del Concilio Vaticano II —cfr. *Lumen Gentium*, V—. Hay quien ha dicho que «estas crisis mundiales son crisis de santos (3). Ahora es el mismo Vicario de Cristo quien nos recuerda que «los grandes evangelizadores de Europa han sido los santos». En efecto, tras las sangrientas persecuciones de los siglos paganos, en el inicio de la Europa cristiana, Agustín de Hipona e Isidoro de Sevilla empiezan la andadura de una Europa cristiana que no se limita a las «Apologías» de los Padres primitivos. Sobre los que de bueno, de bello y de verdadero tenían las formas culturales anteriores, la Iglesia que resume en sí todo Bien, venga de donde venga, elabora un «corpus» propio que hará nacer a Europa por la acción no revolucionaria, sino constante y callada, humilde de Benito de Nursia, Cirilo y Metodio, Beda el Venerable y tantos otros anónimos que reparan el florecimiento de la Europa de los reyes santos: Enrique, Emperador; Eduardo de Inglaterra, Estanislao, Esteban, Luis y su primo, nuestro San Fernando, cuya festividad celebramos hoy.

Reyes santos cuyo poder «venido de lo Alto» —por otra vía que el poder religioso— que supieron con la santidad de sus vidas ejemplares, conjugar «las dos espadas» de la controversia medieval, pues sabían, como dijo Hincmaro de Reims, que «no serían juzgadas por la ley sálica o la gundovadia, sino por la Ley de Dios». Esta proposición suena en la descristianizada Europa actual como algo no sólo sin sentido sino francamente como una locura —en realidad la «locura de la cruz», pero realmente es el único argumento, la «última ratio» de la política, definida explicación por la que un hombre tiene que someterse a otro, igual por naturaleza, sí; pero diferente en lo existencial: igual en el «ser» dado por Dios, pero diferente en el «estar» también por voluntad divina. Claro que esta visión del tema del poder, invalida la pretensión de entregar el poder «como mandato» —tal como pretende, por ejemplo, la actual Constitución española—, con lo que se pretende liberar de responsabilidad moral al mandatario democrático, lo cual es algo expresamente rechazado por León XIII en la encíclica *Diuturnum illud*, en cuyo parágrafo 4, al hablar de los sistemas electivos, dice: «Con esta elección se designa el gobernante, pero no se confieren los derechos del poder. Ni se entrega el poder como mandato, sino que establece la persona que lo ha de ejercer». Tal como ocurre —y señala Walter Lipmann en «La crisis de la Democracia»— en la designación del Sumo Pontífice en los cónclaves. Y es a las personas —Papas, reyes, gobernantes e investidos de cualquier tipo de poder político, social o económico— a los que va dirigida, de forma más especial la «llamada universal a la santidad» que hace el Concilio Vaticano II y ahora nos recuerda Su Santidad el Papa: «personas» que tienen una alma que salvar, precisamente en el «ejercicio del poder» y que serán juzgados no según leyes humanas sino según la Ley divina.

Igual que todos nosotros, a quienes la Providencia nos ha confiado la misión, sagrada misión, de extender y promover el mensaje de la «Ciudad Católica» que en este momento tiene un claro objetivo señalado nada menos que por el Vicario de Cristo: La re-evangelización de Europa.

Vamos, pues, a ello.

(3) Cfr. Camino, punto 301.